

UN POETA RURAL INGLES DEL SIGLO XVIII

HISTORIA DE HADAS

Esta es una historia de hadas. Ya no las había en Inglaterra, indudablemente, pues no consta en registro alguno de aquellos primeros años del reinado de Jorge II el impuesto que hubiera correspondido al gremio. Pero, a pesar de esa prueba adversa y del descrédito que pesa injustamente sobre tan leves intercesoras, muchos somos todavía los que nos atreveríamos a jurar que las hadas se congregan, ahora como antaño, a la cabecera de las parturientas, y que son ellas quienes primero besan la frente de los recién nacidos. Y esta historia podría comenzar reuniendo a un terceto de invisibles presencias junto al lecho de Ana Donne, esposa del reverendo John Cowper, en Great Berkhamstead, condado de Hertford, el día 26 de noviembre de 1731.

—Ana Donne — diría una hada, con voz vibrante que nadie oye, pero que da matices áureos al aire de la estancia —: eres del linaje de un poeta de tu apellido y vas a ser madre de otro.

—Será un ser desgraciado — vaticinaría una voz opaca, por nadie oída, pero que oscurece repentinamente el aire de la habitación —. Tú, pobre Ana, te alejarás muy pronto de su lado, y desde entonces será tu hijo una sombra atormentada.

—Sin embargo, disfrutará de una larga paz luminosa — intervendría la tercera, devolviendo al ambiente una claridad sin brillo, semejante a su voz que nadie puede oír.

E inspiradas por el destino, las tres hermanas vaporosas irían urdiendo la trama providencial del nuevo súbdito del rey:

—Será enfermo . . .

—Vivirá muchos años . . .

—Será taciturno .

—Hará reir al mundo con su ingenio . . .

—Será un solitario . . .

—Nunca le faltará compañía . . .

Sí, ésta es una historia de hadas. Pero de hadas terrestres, de carne y hueso, y rigurosamente humanas. Por eso la narración maravillosa no puede comenzar antes del nacimiento de Guillermo Cowper, sino al promediar su vida.

EL PRELUDIO

No había cumplido seis años cuando perdió a la madre. Era un niño apocado y sensitivo, una de esas criaturas frágiles, extraordinariamente precoces para padecer, y a las que sólo pueden salvar de una vida desesperada y de un fin trágico, la comprensión y la vigilancia maternas. Al dolor de aquella pérdida sumóse inmediatamente el cambio brusco del hogar por un internado de enseñanza. Ya sabéis que el sistema jerárquico de los escolares ingleses conviértese a menudo en cruel tiranía. Las atrocidades del *faggin* han destrozado a muchos espíritus finos e impresionables. Shelley, cercado por la mofa de sus compañeros, chillaba y agitaba sus manos con felina amenaza. El pequeño William, víctima de un condiscípulo brutal que duplicaba su edad, bajó los ojos y sometióse resignadamente al monstruo. Corría el tiempo, y su alma infantil se replegaba en el horror de una angustia silenciosa. Enfermo, al fin, libróse de aquel suplicio, y a los diez años ingresó como pupilo en la escuela de Westminster, donde permaneció hasta los dieciocho años. Hizo en ella su educación clásica, intimó con los poetas griegos y latinos que jamás abandonaría, y, como lo dice en una carta, logró destacarse en algunos deportes: *I excelled at cricket and football*. Al dejar la escuela, decidido a estudiar leyes para complacer a su padre, fué a vivir a casa de un abogado. La adolescencia generosa le daba una tregua: clarificó su ánimo, despertó su risa, lo mezcló a travesuras de estudiante y lo enamoró de su prima Teodora, la "Delia" de sus versos juveniles. Opúsose el padre de la niña, y terminó el idilio. Desbaratado el amor, huyeron todos los dones de la adolescencia. El limo posado en lo más recóndito de su naturaleza — él mismo se comparaba a un charco "de agua negra y pútrida" — nubló con sus vahos la sonrisa primaveral. Aba-

tido, asaltado por imágenes lúgubres, buscó el consuelo religioso. En adelante, la gracia y el terror divinos compartirían su pobre alma.

A los treinta y dos años sufrió una crisis que puso en peligro su vida. Residía en Londres, triste y solitario; daba a la prensa sus primeras producciones; era abogado sin asuntos; su padre había muerto; su único hermano, del mismo nombre y profesión que el padre, vivía en Cambridge; mermaba rápidamente su reducido patrimonio y necesitaba defenderse. Se le ofreció un cargo vacante en la Cámara de los lores, cargo disputado que le exigía una prueba de competencia, y preparóse a rendirla. Pero reapareció la morbosa timidez de su infancia, fué creciendo a medida que se aproximaba la hora del examen, y aquel estado anormal activó todos los gérmenes hipocondríacos del aspirante. "Únicamente aquellos que están organizados como yo y para quienes someterse a una exhibición pública, no importa en qué oportunidad, equivale a un veneno mortal, — ha confesado él mismo —, pueden formarse una idea aproximada del espanto de mi situación". Después de haber ensayado distintos medios para suicidarse, intentó la estrangulación el día mismo del concurso. Cuando lo socorrieron, había perdido la razón. Internado en un sanatorio, la recuperó un año y medio más tarde. Y al recomenzar su vida con el estremecimiento del que acaba de salvarla de una catástrofe, decidió abandonar la ciudad "abominable" y aislarse en el campo. Su hermano eligió el refugio: Huntingdon.

Era una población humilde, en una comarca monótona. El convaleciente pasó los primeros meses tranquilo y feliz. Tomaba su baño en el río, leía, cabalgaba, y no obstante cuidar celosamente su soledad, pues "no ansiaba más comercio que con su Dios en Jesucristo", solía visitar a dos o tres familias, departía largamente con su criado y paseaba con un vecino vegetariano y un clérigo cervecero. Nada, sin embargo, le atraía como la iglesia.

En los comienzos de la era georgiana, las pasiones religiosas de Inglaterra se habían apaciguado. La calma generó el letargo, y el letargo la indiferencia. Al iniciarse el segundo tercio del siglo, Wesley, seguido de un grupo de apóstoles, emprendió la cruzada metodista. El sacudimiento, que conmovió a las multitudes, alcanzó también al clero anglicano,

y viejas y nuevas sectas lanzáronse al combate. Una de ellas, el evangelismo, conquistó a Cowper después de su locura.

El fervor religioso y la vida tónica del campo obraron benéficamente sobre su espíritu. Pero temiendo que la soledad pudiera trocarse en su enemiga, deseaba acogerse a la tibieza de algún hogar respetable. Una amistad iniciada en el atrio de la iglesia favoreció su propósito. La familia Unwin, compuesta del matrimonio y de dos hijos, lo incorporó a su seno como pensionista. El padre, Juan Unwin, hombre de edad madura, bondadoso y sensato, era clérigo; su esposa, mujer inteligente e instruída, de una austeridad puritana, era poco mayor que el huésped; el hijo, un joven amable y estudioso, se preparaba para tomar las órdenes religiosas; la hija, tímida y silenciosa niña de dieciocho años, entonaba dentro de aquel hogar piadoso y hospitalario. Cowper, tratado por ellos con afabilidad y delicadeza, rebosaba de dicha y gratitud. En una carta de aquellos días, describe su nueva existencia del siguiente modo:

“Desayunamos entre las ocho y las nueve; hasta las once leemos las Escrituras o los sermones de algún fiel predicador de aquellos sagrados misterios; a las once asistimos al servicio divino que aquí se celebra dos veces al día, y de doce a tres de la tarde nos separamos y hacemos lo que nos place. Yo leo en mi habitación, o camino, o cabalgo, o trabajo en el jardín. Rara vez nos sentamos después de almorzar; si el tiempo lo permite, nos reunimos en el jardín, donde la señora Unwin, su hijo y yo, sostenemos conversaciones religiosas hasta la hora del té. Si llueve, o hace mucho viento para caminar, nos quedamos dentro, conversando o cantando algunos himnos de Martín, y con el acompañamiento de la señora Unwin en el clavicordio, hacemos un concierto tolerable que tiene en nuestros corazones sus mejores ejecutantes. Después del té, salimos a realizar buenas caminatas. La señora no se cansa, y generalmente andamos cerca de cuatro millas antes de volver a casa. Cuando los días son cortos, hacemos estos paseos más temprano, entre la hora del té y la comida. De noche leemos y seguimos conversando hasta que nos reclama la mesa, y terminamos la velada con himnos o sermones. Por último, toda la familia se reúne a orar. No necesito decir que tal género de vida no excluye la máxima jovialidad. Todos somos felices y mantenemos una estrecha fraternidad”.

Y aquí, como lo habréis advertido, hace su aparición la primer hada .

“MARY”

That woman is a blessing to me. Una bendición, exactamente. El cielo devuelve al hombre, con la señora Unwin, aquella protección materna de la que tan pronto privara al niño. ¿Cómo no había de reconocer en ese milagro la intervención divina?

Cuando, poco después, falleció el jefe de la familia, la viuda resolvió cambiar de residencia y se trasladó a Olney, seguida, naturalmente, por su nuevo hijo. No sonriáis. La lógica y la suspicacia inducen a pensar que hubieran podido unirse en matrimonio, siendo ella sólo siete años mayor que él. Pero nada autoriza a creer que ellos también lo pensarán, pues Mrs. Unwin trató siempre a su amigo como a un niño enfermo, y él se complugó en considerarla su segunda madre, ávido de aquel afecto puro y tutelar. ¿Será necesario repetir que hemos llegado al límite en que el relato se torna maravilloso?

Olney era un pueblecito triste y malsano, de una sola calle, tan larga como sucia, a orillas del Ouse, “lento y sinuoso río”. La casa que ocuparon, ruinoso y húmeda, acrecentaba la pesadumbre de aquel medio. Pobres y rústicos eran los habitantes; depravados los hombres, soeces los niños. “Olney es un lugar populoso, habitado principalmente por los semimuertos de hambre y los andrajosos de la tierra” — comunicaba Cowper al hijo de Mrs. Unwin, ya pastor en otra localidad —. Las mujeres, tejedoras de encajes, pasaban diez o doce horas diarias ante sus almohadillas, en una atmósfera viciada, y muchas de ellas padecían enfermedades mentales. Sin embargo, Olney contaba con un matrimonio excepcional, el reverendo Juan Newton y su esposa, y ellos fueron los únicos amigos de los recién llegados. Mr. Newton, calvinista y predicador de fama, simpatizó con la pareja y se la llevó a una casa próxima a la suya, abriendo una comunicación entre los dos jardines. El influjo que el severo e intransigente pastor ejerció sobre el poeta, fué decisivo. Siguiendo su ejemplo, aislóse Cowper de toda amistad que pudiera aproximarle a los placeres vanos,

y vendió sus libros para no distraer su espíritu de las prácticas cristianas. Absorbido por los ejercicios religiosos, permitíase únicamente la distracción que representaba visitar a los pobres y hacer continuas caridades. Durante un tiempo, el régimen pareció benéfico para su salud mental. Pero el mismo Newton temió por ella al comprobar la consagración exclusiva de su discípulo, y procuró distraer su imaginación haciéndole colaborar en un libro de himnos religiosos que él preparaba. Cowper retomó la veta poética, nunca regularmente explotada hasta entonces. Los himnos que compuso tienen escaso valor literario; transparentan, en cambio, para alguno de sus biógrafos, la amenaza creciente de una fuerte crisis en el enfermo. Estalló, en efecto, en 1773, a los diez años de la primera, y apresuróla, tal vez, la impresión causada en el poeta por la muerte de su hermano, cuya agonía presenció. En sus delirios, creíase el más abyecto de los hombres, rechazaba las argumentaciones piadosas de Mr. Newton en su favor, juzgábase indigno de rezar.

Durante dieciséis meses, la señora Unwin acreditó su afición maternal, visible para todos, menos para el paciente, que la acusaba de odiarlo. Al iniciarse la convalecencia, su debilidad le impidió reiniciar la campaña evangélica y filantrópica. El reverendo Newton había sido designado rector de una parroquia londinense, y la ausencia del maestro fascinador favoreció la cura del impresionable discípulo. Ocupó entonces sus horas en una tarea franciscana: el hombre tímido dedicóse a educar liebres. Eran tres y se llamaban Puss, Tiney y Bess. El mismo preceptor ha expuesto en una página amena la organización de su internado lebruno y los resultados de su pedagogía. Bess era audaz y alegre; su intrepidez la perdió: metióse anticipadamente en su dormitorio particular, recién lavado, y murió víctima de la humedad. Tiney se caracterizaba por su hosquedad, su rebeldía y su ingratitud. Puss era la joya del instituto: se domesticó en seguida; erguíase graciosamente sobre sus patas traseras; dormía en las rodillas de su director y llegó a preferir la sociedad humana a la de sus iguales. Después de corta enfermedad en que fué bien atendida, lamía con gratitud las manos del enfermero. Un epitafio de varias estrofas nos la recuerda en las antologías actuales.

Otras actividades, no menos curiosas, emprendió Cowper

en los años siguientes. De la construcción de cómodas casillas para conejos y de redes para pescar, pasó al dibujo, en el que hizo, según él, notables progresos. Pero nada le distrajo tanto como la horticultura, cuya afición era antigua en él. *I am become a great florist, and shrub-doctor*, había escrito en 1767. Al retomar sus herramientas de horticultor, comenzó por lechugas y coliflores para llegar a los pepinos y alcanzar a los melones. Siguiéron los árboles: un naranjo, tres mirtos... En invierno, defendía sus productos de las heladas proporcionándoles calor de invernáculo, y no se iba a la cama sin recorrer la huerta con su fuelle, soplando las brasas.

Mientras tanto, sus facultades mentales, fortalecidas lentamente, estaban también a punto de fructificar. La creación poética, empleada como terapéutica preventiva por el reverendo Newton, antes de producirse la última crisis del enfermo, iba a ser considerada por este mismo como un sedante medicinal. “En esta estación del año y en este clima lúgubre y molesto — escribía, en el invierno de 1780, al citado pastor — no es fácil, para quien tiene una inclinación espiritual como la mía, apartarse de los sujetos que inspiran meditaciones tristes y hallar los que puedan reconfortar el ánimo. La poesía, más que cosa alguna, me es útil a este respecto. Mientras me ocupa la persecución de imágenes graciosas o la expresión que las contenga, desaparece todo lo fastidioso y, como un escolar que hace ración, resuelvo aprovechar la oportunidad de divertirme y desechiar el odioso recuerdo de que, después de todo, debo volver a casa y ser, una vez más, azotado”. Y agregaba, al anunciar al amigo sus próximos poemas, como si pudiera temerse su prodigalidad: “No se alarme. Yo monto al Pegaso con freno...”

Estimulado por su compañera, en quien apreciaba a su mejor crítico, escribió bellas fábulas e inició la composición de sus poemas morales. Trabajaba concienzudamente y sostenía que “corregir y retocar es el secreto de casi todos los buenos escritos, sobre todo en verso”. Había llegado el poeta a su medio siglo. Aislado del mundo, no menos desvinculado de las actividades literarias de su país, declara en aquellos días que durante veinte años ha leído a un solo poeta inglés y que en trece de ellos no ha abierto libros de ninguno. El anacoreta literario de Olney reconoce a su espíritu libre de influjos y no teme caer en imitaciones vergonzosas. “La imitación — anota

orgullosamente — aun la de los mejores modelos, me repugna”.

El primer volumen apareció en 1782. Contenía las sátiras morales dictadas por una musa austera que parecía haber recibido lecciones de la señora Unwin. Pasó casi inadvertido; obtuvo de las revistas algún elogio tibio, algún vapuleo; pero el autor se consoló con cuatro líneas laudatorias que le dirigió el anciano Benjamín Franklin y la aprobación tácita del doctor Johnson. El renombre, si no la gloria, llegó poco después, con una obrita mucho menos grave, auspiciada por una musa mucho menos austera. . . .

Y aquí aparece el hada segunda.

“SISTER ANNE”

Cierto día del verano de 1781 llegaron a Olney, de compras, una señora, amiga de Mrs. Unwin, y una desconocida que la acompañaba. Descubiertas por Cowper desde su ventana, sintióse misteriosamente atraído por la acompañante y obtuvo de la dueña de casa que las invitase a tomar el té. La desconocida llamábase Ana Austen, y era viuda de un baronet y hermana de la otra dama. Ni joven ni hermosa, pero dotada de inteligencia vivaz, y siendo toda ella de una feminidad seductora y habiendo viajado por Europa y frecuentado los salones de Francia y demostrando poseer un alma cristiana que hacía compatibles sus cualidades perturbadoras con la moral estricta, deslumbró al recluso. Hablaron animadamente; enteróla él del volumen de sátiras que entonces preparaba, y vióse comprendido hasta lo más íntimo de su pensamiento por la sirena ortodoxa.

Lady Austen residía a una milla de Olney; semanas después instalóse en la casa que ocupara el matrimonio Newton, es decir, a jardín por medio de los puritanos y con puerta común. “De una escena del más ininterrumpido retiro, hemos pasado a otra de constante sociabilidad” — escribió Cowper en aquellos días —. “No es que nuestra sociedad se haya multiplicado: una sola persona más ha producido el cambio. Lady Austen y nosotros pasamos nuestros días, alternativamente, en uno y otro “chateau”. A la mañana paseo con una de las dos señoras y a la tarde ovillamos hilo. Así hizo Hércules, y así lo hizo, probablemente, Sansón, y así me place hacerlo; y si

aquellos fueran héroes vivientes no temería desafiarlos a una prueba de habilidad en esta tarea, ni dudo que los vencería”.

Una ráfaga primaveral estremece al solterón. Ha pasado los cincuenta años y dice que no los representa. Conserva su agilidad juvenil; ha encanecido poco; oculta la calva con una mecha tributaria que todavía alcanza para el arabesco de la creja. . . Mrs. Unwin observa silenciosamente la fraternidad de “Sister Anna” y de “Brother William”.

Una vez, de sobremesa, o mientras devanaban hilo, el poeta mostróse melancólico. Para distraerlo, lady Austen contó una historieta divertida. Tratábase de un mercader londinense, llamado John Gilpin, que decide festejar el aniversario de sus nupcias yendo con la esposa y los hijos a pasar un día de campo. La familia parte en silla de posta y él a caballo, sin haber montado nunca. El animal emprende una carrera desenfrenada; el improvisado jinete pierde el sombrero y la peluca; los guardabarreras del camino creen que es un “jockey” que ha hecho una apuesta y le abren paso. Tras burlescas peripecias, el caballo devuelve a Londres su mercader, despojado y en ayunas. . . Cowper rió como un niño y al día siguiente compuso una balada cómica con aquel asunto, muy festejada por las dos señoras. Envió la composición al hijo de Mrs. Unwin; éste la hizo publicar en un periódico; un gran actor de la época, Henderson, la descubrió e incorporó a su repertorio de recitador, divulgándola; rió toda Inglaterra, y el nombre del grave moralista de Olney corrió por la isla, entre aplausos, a la grupa del brioso bruto de su balada.

“Cuando escribí la historia de *John Gilpin* no pensé que pudiera imprimirse — aclara Cowper en una carta a William Unwin, el 18 de noviembre de 1782 —. Yo me propuse reír y hacer reír a dos o tres personas, una de las cuales era usted. Pero ahora ríe todo el mundo”. Y recordando la divisa de Swift, “*Vive la bagatelle*”, agrega que, sin ser su enemigo, *la bagatelle* no puede contar con él, pues si a veces bromea lo hace forzosamente para contrarrestar su melancolía habitual. Halagado, no obstante, por la popularidad repentina, decidió consagrarse a una obra seria y de aliento. Pero le faltaba tema. Felizmente, la nueva musa estaba a su lado, y un día en que “Sister Anne” le aconsejó escribir en versos blancos, el poeta le declaró que no esperaba para hacerlos sino un asunto. Co-

necedora de su idiosincrasia, y acaso convencida de que cualquier asunto resultaría excelente para aquel espíritu que sólo necesitaba ser estimulado, la dama le indicó el sofá en que, precisamente, hallábase sentado el poeta. La escena pasó en junio o julio de 1783. Y el 3 de agosto del mismo año el autor escribió a un amigo: “*El sofá* está terminado, aunque no concluído, paradoja que usted, con su perspicacia natural, aguzada por el hábito de reflexión lógica, sabrá conciliar inmediatamente. No imagine, sin embargo, que duermo sobre él; por el contrario, estimo un severo ejercicio el ir dándole forma en mi mente”. Siete meses más tarde, el 22 de febrero de 1784, comunicaba al mismo amigo: “*El sofá* ha crecido poco o nada. Consta, al presente, de cuatro libros y parte del quinto. Cuando esté el sexto terminado, la obra actual estará completa; pero si he de juzgar por mi inhabilidad actual, ese período se encuentra aún a considerable distancia”. Y en octubre del mismo año, el poema, comenzado catorce o quince meses antes, ya estaba en poder del editor.

Siguiendo la sugestión de lady Austen, el poeta había escogido el verso blanco, casi abandonado en la literatura inglesa después de Milton. El tema propuesto por la misma, brindó tela para los cien primeros; pero el impulso estaba dado, y después de cantar la evolución del asiento, desde el más duro y natural de los primitivos insulares, al borde de los torrentes, hasta los distintos cómplices de la molicie y el más lujoso y mullido de todos, o sea el sofá, se despidió el autor graciosamente del asunto y se internó en su propia vida. Si la fortuita elección hubiese indicado, en vez del sofá, el espejo, la obra hubiese podido llevar ese título simbólico y no *The Task* (tarea, labor forzada), al que acudió el poeta para explicar el origen de la composición. Espejo que refleja los sentimientos individuales y sociales, la existencia solitaria, el amor a la naturaleza, las creencias, la vida, en fin, de su autor, es, en verdad, ese poema poéticamente inorgánico y de una coherencia lógica en su tejido autobiográfico. Lady Austen recibe su homenaje en los primeros versos, pues el poeta manifiesta que ha aceptado ese tema humilde, si bien grande y soberbio por la ocasión, obedeciendo al mandato de la belleza; mas el tema y la inspiradora se eclipsan inmediatamente, y acogiéndose a una transición oportuna, expresa el autor su felicidad por no necesitar

de sofás, ya que no padece de gota. Y para atestiguarlo, invoca el testimonio de la señora Unwin, “querida compañera de mis caminatas — le dice — cuyo brazo siento fuertemente enlazado al mío en este vigésimo invierno, con un placer tal como el que sólo puede provocar un cariño confirmado por un largo conocimiento de tus méritos y esenciales virtudes”. O sea, que el infatigable caminador se despide del sofá de lady Austen y vase de paseo con su vieja amiga maternal por las praderas que riega el Ouse. La comunión con la naturaleza y la intimidad hogareña constituyen, a través de los seis libros o cantos, el motivo axil del poema. Pero episodios parásitos, interpolaciones inesperadas, caprichos y escapatorias de la fantasía o la obsesión de algunas ideas momentáneas, destruyen todo plan arquitectónico. En el libro segundo hay admoniciones severas e incisiones satíricas contra el clero; en el tercero, intolerancias de fanático; termina el primer canto con acentos de patriotismo elegíaco; los rumores de las injusticias, los crímenes y las catástrofes del mundo, que el autor conoce por los periódicos, se cuelan por diversas hendidias del edificio poemático. Pero todo eso fué adventicio y se ha marchitado; lo que perdura y no morirá es el canto a la vida rural y el elogio de los interiores familiares, en labios de un asceta que no desdeña los goces de un “inocente epicureísmo” — como ha dicho uno de sus biógrafos — y que en su evangélico apostolado, a diferencia de Rousseau, tiende sus brazos a los hombres.

The Task alcanzó un éxito resonante. Era un poema genuinamente inglés y conmovió el alma británica. Mucho antes de que los ecos gloriosos rozaran el aire reposado de la casita de Olney, antes aun de que el poema estuviese terminado, el hada que inspiró sus primeros versos había partido para no volver. Un comentarista ha dicho que dos mujeres en continua sociedad con un hombre, tarde o temprano se disgustan. No se han puesto en claro, sin embargo, las causas de aquella separación. Que triunfó la madre voluntaria sobre la hermana ocasional, no cabe duda. Acaso la viuda del baronet no tenía vocación para madre suplente, y cansada del aislamiento entre dos viejos puritanos, volvió a la vida de salón. Mantuvo correspondencia con su amigo; la suspendieron por un pequeño resentimiento: se reconciliaron, y la ausente firmó la paz enviando un par de puños, obra de sus manos: sobrevino una segunda

ruptura epistolar, y fué definitiva. ¿Soñaría la hermana Ana que el hermano Guillermo . . . ? Si se llevó una ilusión deshojada, bien pronto la vió reverdecer, pues lady Austen no tardó en llamarse madame de Tardiff.

Tampoco la soledad y la nostalgia agobiaron a la pareja de Olney. La tercera hada llamó a su puerta con una rama en flor.

LADY HESKETH

Alegre, luminosa, gorjeante, lady Hesketh, prima de Cowper, su amiga de infancia, hermana de Teodora — su amor frustrado de la adolescencia — visitó a los viejos amigos. Era una mujer de inteligencia ágil, de carácter expresivo, dueña de considerable patrimonio y acostumbrada a la vida brillante. Estimaba y admiraba a su primo, reconocía las altas virtudes de su compañera, y proponíase rejuvenecer el alma y los hábitos de sus dos protegidos. Mrs. Unwin compartió la dicha del poeta. La nueva presencia no removi6 en su espíritu las inquietudes que despertara el hada desertora.

Lady Hesketh animó jovialmente el hogar sombrío y silencioso; luego consiguió trasladar sus moradores a Weston, próxima y encantadora villa, donde les había preparado una residencia confortable y en la cual ella misma pasaría dos o tres meses al año. Los solitarios, transformados por el nuevo ambiente, iniciaron una existencia de gran actividad social para sus costumbres. Pero Cowper, halagado por el triunfo de su gran poema, anhelaba trabajar. Después de *The Task* había escrito *Tirocinium*, un poema sobre la educación pública inglesa, en el que se advierte que la herida abierta en su sensibilidad por las brutalidades que padeciera cuando niño en la escuela primaria, no estaba cerrada; y en el mismo año (1784) había comenzado su traducción de Homero, que siete años después fué publicada por suscripción. Instalado en Weston, proyectó vastas obras que no pasaron del título o de algún fragmento. Surgían, en cambio, al pie de las soñadas encinas, esbeltos arbustos, flores primorosas. Y son esas pequeñas composiciones las que, junto con los mejores pasaje de *The Task*, defienden la gloria del autor. También le ocuparon, sin mayor éxito, algunas traducciones de Horacio y de Virgilio y la pre-

paración de una edición monumental de las obras de Milton, su poeta favorito, empresa esta última que no dejó más huellas que la traducción de los poemas escritos en latín y en italiano por aquél, y pocas notas, más de carácter religioso que literario, al *Paraíso perdido*.

Había cumplido sesenta años. Su nombre era famoso. Amigos y admiradores le demostraban sincero cariño. El sembrador solitario recogía sus frutos cordiales. Pero el dolor no se alejaba. Poco después de haber fijado la pareja su residencia en Weston, falleció Guillermo Unwin, el gran amigo de Cowper, hijo de su compañera. La hipocondría volvió a dominar al poeta, y retornó la idea del suicidio. Mrs. Unwin sufrió luego un ataque de parálisis. . . La generosa lady Hesketh no abandonó a sus inválidos; de cerca o de lejos, personalmente o por intermediarios, estuvo siempre con ellos. Y en esa hora sombría apareció, asimismo, un auxiliar inmejorable: William Hayley, gran corazón, rimador mediocre, ferviente admirador del poeta sexagenario. Residía en Eartham, lugar algo distante de Weston, donde había construído un *little paradise*, y logró convencer al melancólico y a la paralítica que el cambio de aire les favorecería. Pasaron seis semanas amables en Eartham, y regresaron a su nido. La compañera de los largos paseos a pie continuó encadenada. Las cartas de Cowper trasuntan la esperanza y el desfallecimiento con que seguía el angustioso proceso de su Mary. A la paralización del cuerpo, sucedió la penumbra del espíritu. Los conmovedores versos *A María*, versos crepusculares que escribió el poeta al verla decrepita, cruelmente humillada por la enfermedad y la vejez, tienen el acento de una letanía y son ya el epitafio a una amistad sublime.

Tuvieron todavía horas de luz perlada y serena. No ignoraban que era la claridad mortecina, la serenidad misteriosa del anochecer cantada por el lírico de *The Task*. Una corta noche, silencio deliberado que equivalía a la muerte de su permanencia en Mundesley dió a sus días un horizonte marino. Se establecieron finalmente en Fast Dereham. Dos meses más tarde, en diciembre de 1796, murió Mrs. Unwin. Cowper la sobrevivió tres largos años. Nunca, en ellos, pronunció su

alma. El último poema original que escribió, y el más triste de todos los suyos, fué *The Castaway*. Murió dulcemente el 25 de abril de 1800 y fué enterrado cerca de su grande amiga. Lady Hesketh le hizo erigir un monumento. Hayley compuso su inscripción.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.
